

## Corazón sangrante

La leyenda reza que los gritos de dolor del señor aún retuenan en la distancia.

\*\*\*

El conde, dueño del castillo, era conocido por todos por ser un hombre orgulloso, pasional e irredento que se creía merecedor de todas las cosas buenas que su privilegiada vida pudiera darle. Hedonista por naturaleza, exprimía hasta la última gota de los goces que su estatus y riqueza ponían a su alcance, de tal modo que un día normal, incluso uno aburrido, en la vida del conde superaba con creces la más frenética jornada vivida por cualquiera de sus súbditos. Tanto sus sirvientes de palacio como sus vasallos coincidían en definirlo como un hombre inteligente, aunque licencioso y desmesurado. Tenía un gran concepto de sí mismo, cosa que reflejaba en sus ropajes, en su carácter y en su filosofía. Era querido y reprobado a partes iguales. En cuanto a él, el conde era capaz, por supuesto, de preocuparse por los demás, pero nadie lo preocupó jamás tanto como él mismo.

Aun con esto, el noble tenía una obsesión secreta que le agriaba los ánimos. Por la noche, miraba la luna y no podía dormir. Durante el día, paseaba alrededor de la fuente de palacio y dibujaba trazos irregulares en el agua, hijos del nerviosismo. La idea de dejar de existir lo atormentaba. La muerte era su mayor terror. Llegaba a martirizarlo en tal grado que muchas tardes cerraba las puertas de palacio y se encerraba solo, frente a la chimenea. En silencio, reflexionaba. Pasaba toda la velada bailando con la muerte en el pensamiento. Como hombre sagaz que era, llegó a una conclusión: no temía la muerte porque no soportara la incertidumbre del más allá o lo acobardara algún castigo divino, odiaba y aborrecía a la parca porque amaba febrilmente la vida. Cada sorbo del vaso de los días le resultaba amargo, su felicidad era frustrantemente incompleta. Sabía que, tarde o temprano, moriría y todo aquello que amaba moriría con él. Ese pensamiento lo abrumaba.

Una noche otoñal, el conde no podía dormir. Tenía ojeras de color púrpura en el rostro. Salió a su lugar favorito de palacio, la fuente, y se vio reflejado en el agua. Antes de que alzara la cabeza, una preciosa lechuza blanca como la niebla se había posado sobre el

agua como si esta fuera hielo. El conde no podía creer lo que sus ojos veían. Su sorpresa se agravó cuando la lechuza abrió su pico y comenzó a hablar.

-Puedo darte lo que deseas- tronó la lechuza con una voz grave y áspera- pero todo tiene un precio. Me llevaré una de las flores del jardín a cambio. Si alguna vez la quieres de vuelta, solo tienes que pedírmelo. Pero, recuerda, si reclamas la flor, yo me llevaré tu vida.

-¿Sabes lo que deseo?- dijo, hesitando y con ademán tembloroso, el conde.

-Sí- respondió secamente la lechuza- aunque enfocas mal tus preguntas, conde, la verdadera cuestión es ¿lo sabes tú?- tras desplegar estas palabras la lechuza alzó majestuosamente el vuelo y, haciendo gala de los dotes de una cazadora experta, tomó entre sus garras una bellísima flor roja que crecía salvajemente en el jardín.

El conde, cuya mente aún se tambaleaba ante la aparición de tan extraña criatura, quiso despejarse de inmediato. Llevó las manos al interior de la fuente y recogió todo el líquido que pudo. Cuál fue su sorpresa cuando vio que, a pesar de albergar el agua entre las trémulas manos, ni una sola gota se escapaba entre sus dedos. Propulsó el agua contra su faz con gran fuerza. Se sentía mucho mejor. Revitalizado. Completo. Absolutamente henchido de éxtasis y de claridad. Podía ver en la oscuridad de su mente y encender la linterna de su cerebro. Las tinieblas y las dudas se habían disipado. La vida florecía en su interior y rebosaba por sus poros. Qué intensa emoción sentía el conde, quien inmediatamente entró a palacio y saludó con efusividad a la totalidad de sus sirvientes. Todos coincidieron en percatarse de que las ojeras de su rostro se habían desvanecido. Y todos se alegraron, porque, a pesar de las complicaciones de su carácter, respetaban y querían al conde. Empero, nadie se puso más contento que aquel que más quería al señor del castillo. Nadie durmió mejor aquella noche que el propio conde, que ahora podía celebrar la derrota de la muerte y saberse, por fin, inmortal.

Por muchos años, el conde disfrutó de los licores de la vida con máxima satisfacción. El gran señor se sintió, desde aquella primera noche y por largo tiempo, en la edad de oro.

La dicha, no obstante, acabó por enflaquecer. Las décadas pasaron y todos menos el conde envejecieron. Aquellos que lo acompañaron en las primeras fiestas estaban ahora incapacitados por los años. Ríos y montañas nevadas erosionaban el mapa de sus cabezas y sus piernas y brazos comenzaban a fallar. Sus miradas pasaron a tener la ternura vulnerable de la ancianidad, sus ojos rebosaban estruendo de catarata, sus caderas se marchitaban, sus columnas buscaban la tierra. Sus espíritus despedían tranquilidad, extraños a los fuegos de la algazara, y sus cuerpos, antes excelsos como el rugido de un león adulto, se reblandecían y teñían de decrepitud, de hielo y, finalmente, de muerte. Amigos, familia y amores yacían ya entre el polvo.

Las fiestas en el castillo, por supuesto, terminaron por cesar y el conde se convirtió en una persona huraña y apartada del resto del mundo. Nada lo alegraba. Una apatía melancólica y una desesperanza existencial pintaban el lienzo de todos sus días. Aun así, la lanza más cruel todavía no había atravesado su costado.

El siempre joven noble tuvo una hija que rápidamente se ganó el lugar más preciado de su alma. Amaba a aquella niña como nunca había amado a nadie, la quería por encima de todas las cosas y lo hubiera dado todo por ella de haber sido necesario. Con su angelical cabello castaño ungido de flores, ambos paseaban durante las tardes por el jardín. Gracias a ella, el señor encontró un remedio a su tristeza y desesperación.

El mundo del conde cayó a sus pies cuando una rara enfermedad cardíaca atrapó a su dulce hija, de apenas ocho años. El noble, incapaz de soportar su sufrimiento, llamó de inmediato a los más notables médicos del país con el fin de alejar lo máximo posible a su niña de los brazos de la muerte. Repleto de preocupación, cada atardecer se postraba a los pies de su cama y leía para ella. Después, como si de una oración se tratara, repetía las siguientes palabras:

«Mi dulce niña, mi amor, mi vida, sobrevivirás y volveremos a recoger las flores del jardín. Mi vida, recuperarás tu sonrisa y tu padre estará aquí para verte crecer».

Desgraciadamente, ninguno de los tratamientos de los médicos surtió efecto. La noticia más aciaga llegó un día treinta y uno de octubre, momento en que uno de los doctores avisó al conde de que su hija no pasaría de aquella madrugada. El noble, de inmediato, mandó desalojar todo el castillo. Solo quedaron en su interior él y la débil niña. Caída la noche, el inmortal había tomado la decisión de morir. Jamás podría recuperar la felicidad después de la muerte de su amor, de su vida. De su preciada hija. Nadie podría devolver la cercanía a los muros huecos y fantasmales del castillo. El alma del conde estaba vacía y sus ojos expedían lágrimas tan densas y duras como diamantes en bruto. Con el corazón en un puño, se acercó a la fuente del castillo y gritó a los cuatro vientos que quería su flor de vuelta. Antes de que pudiera darse cuenta, el búho blanco sobrevolaba los árboles marchitos del jardín. Grácilmente, el ave se posó.

El conde, confundido por seguir con vida, exigió, de inmediato, explicaciones.

-¡Satanás! ¡Diablo! ¿Tanto te divierte mi sufrimiento que faltas a tu promesa? ¿Tanto te divierte provocarme?- vociferó el conde- ¿Dónde está tu palabra? ¡Devuélveme mi flor, llévate mi vida de una vez!

El Diablo, aún vestido de blanco búho, se rio gravemente. Su faz se deformó grotescamente por las carcajadas nacientes de su bestial garganta.

El conde, horrorizado, lo comprendió al instante. Salió corriendo, como alma que lleva el Diablo, hasta llegar a la recámara de su hija. Al verla, el conde se postró a los pies de la cama y lloró amargamente mientras gritaba: ¡mi vida, mi vida! Esta yacía muerta, los labios no tenían color y, sobre su pecho, que al fin descansaba, había sido depositada una bellísima flor roja a la que todos conocían popularmente bajo el nombre de «Corazón sangrante».

La leyenda reza que los gritos de dolor del señor aún retruecan en la distancia.